

---

UNA ESCALA DE TRES HORAS.

GRAN RUTA DE CHINA Á FRANCIA.

---

23 de Diciembre de 1883.

Las nueve de la noche en un café donde todo está abierto y donde hace mucho calor. Mesas no muy limpias, oliendo á anís y á aguardiente. Paredes de un blanco manchado, adornadas con cromos que representan á la reina Victoria y su familia. Dos muchachas rubias, dos *barmaids*, se multiplican con mil gracias alrededor de algunos señores curtidos, con americana blanca, que hablan diversas lenguas de Europa.—Hace mucho calor, pero mucho; alrededor de las lámparas de petróleo, colgadas en el techo, zumban mosquitos y falenas. Un camarero inglés da vueltas á la manivela de un piano mecánico, de donde sale una

música conocida de zarzuela, y parece como que desafina á causa de un rumor más extraño que viene de fuera.

Por la portada, abierta de par en par, se ven dos ó tres kilómetros de calle recta, con una multitud de carruajes, millares de faroles, un torrente que corre.

Parece un boulevard parisién en una noche de verano. Se mira y asombra ver pasar gente en traje de máscara, oliendo á opio y almizcle, y luego muchas espaldas desnudas, de piel amarilla, y con coletas colgantes..... De cerca todo aquello que parecía Europa, no es más que un extraño é inmundo hormiguero chino..... Las tres cuartas partes de aquellos rápidos carruajes están enganchados por hombres carreristas á guisa de caballos: los que tiran son chinos de cabeza afeitada, desnudos, con la coleta formando rodete y el sombrero parecido á una pantalla; los que van en los coches, chinos también con la coleta suelta, abanicándose. Chinas las tiendas; chinos los faroles pintados; chinas las voces, los clamores, las disputas. Todo aquello es chino, servicial, rapaz, siniestro y obsceno; incienso que arde y estiércol; y el almizcle domi-

nándolo todo de una manera irritante, que descorazona, insostenible.....

Aquella ciudad es Singapoore. Entre la multitud pasan indios bellos como dioses, malabares, malayos, parsis, ingleses con casco de corcho, marineros de todas las marinas, y señoras galantes exportadas por el Japón; pero en medio de aquel hormiguero chino están como perdidos y ahogados.....

Á lo largo de la calle Mayor, que es la central, los templos de todo aquel mundo se levantan bajo aquel cielo eternamente pesado; pagodas indias de figuras misteriosas; pagodas de la China con dibujos diabólicos, horribles; mezquitas musulmanas; iglesias de Cristo, protestantes ó romanas..... Todas, unas al lado de otras, en una fraternidad alarmante, que los agentes de policía ingleses están encargados de mantener.

Las diez de la noche.—Un cafetín cantante. Es de madera, pero tiene proporciones monumentales, con una columnata severa imitando de un modo irrisorio un templo griego. Una orquesta de mujeres húngaras ejecuta ruidosamente un vals de

Strauss. Después una bordelesa viene á decir en la plataforma una canción popular. Y unos cuantos indios, que se dedican á la venta de aves, circulan entre las mesas de bebedores de pale-ale, ofreciendo beugalís, asombrosos loros y cotorras multicolores que parecen pintadas.

Doscientos metros más allá, un jardinillo y unas *misses* inglesas que se pasean sobre un verde césped segado á la inglesa. En medio, una grande iglesia con negro campanario de estilo sajón. Pero en el aire hay algo pesado que fatiga y bandos de aves.....

Las once de la noche.—Á dos pasos, carruajes y muchedumbre; el gran patio que rodea la pagoda india está vacío y silencioso. Hace luna, una de esas lunas del Ecuador que se parecen á un mediodía de color de rosa. La pagoda dibuja bajo aquella luz un raro matiz, sus múltiples cúpulas formadas por filas y pirámides de dioses, con sus grandes sombras azuladas, y parece ligera como una cosa encantada que puede desaparecer; parece impregnada de esencias sobrenaturales, y alrededor reina una tranquilidad religiosa. Se siente uno

allí muy alejado de toda aquella China abyecta que hormiguea fuera. Por las puertas del santuario, que están abiertas, se ven lámparas colgantes que están ardiendo. En el fondo aparecen dioses de grandes y maléficas cabezas, rodeados de signos desconocidos; hay delante de ellos flores tiradas y sin tallos que esparcen un perfume de jazmín y tuberosa.

Tres ó cuatro indios están allí velando, jóvenes apenas vestidos con un paño corto, con cabelleras de mujer que les llegan hasta más abajo de los hombros; tienen una expresión salvaje, y lo blanco de sus ojos parece esmalte. Su cara es hermosa y sus mejillas imberbes; mas sobre su pecho redondo crece una chocante pelambreira negra: su conjunto asombra y repugna; parece que tienen algo de la mujer, del mono y de la fiera.

A pesar de hallarse tan cerca del dios, hablan y se ríen muy libremente, como gente familiarizada.

Uno de ellos coge un brazado de flores de jazmín atadas formando guirnalda, y atraviesa el patio á la luz de la luna de color de rosa. Y se va

hasta una capilla donde está relegado un ídolo que parece más antiguo. Es un dios de seis brazos, con peinado alto y ojos de cristal, con la expresión siniestra y feroz, la actitud viva, contorneada, atormentada: está allí solo, sin más que una lamparita encendida por deferencia delante de él.

Y el efebo coloca á sus pies, en una bandeja que está en el suelo, sus flores de jazmín, sin mirarle siquiera, como si llevase el alimento á una fiera.....

Las doce de la noche. — Las últimas luces de Singapoore y sus últimas casas han desaparecido tras un repliegue del suelo; estamos en pleno campo, en pleno verde. En las puertas mismas de la ciudad comienza la vegetación poderosa, inextricable, que cubre toda aquella península malaya.

¡Qué noche tan hermosísima hace! Árboles parecidos á nuestros robles, á nuestros álamos, á nuestras magnolias, pero en proporciones mucho mayores; y luego cubiertos de grandes flores olorosas.

Y helechos y palmeras. Palmeras que afectan todas las formas, y luciendo bajo la luna como follajes de metal; primero, los cocoteros de inmensas palmas majestuosas; luego, los arekieros con

ramilletes inmensos de plumas rizadas, á extremas alturas, al fin de largos tallos delicados, finos y derechos como los juncos de las lagunas. Y los más extraños de todos, los *árboles del viajero*, con grandes hojas muy simétricamente desplegadas sobre un solo plano, como la cola de un pavo cuando hace el abanico, semejantes á gigantescas pantallas de China plantadas en los bosques. Y toda aquella hojarasca tan verde, que aun á media noche, bajo aquella luz sonrosada de la luna, es, sin embargo, de un verde maravilloso.

El camino estaba muy solitario. Pero he aquí, al fin de la bóveda de ramas, los faroles de varios carruajes que se acercan á todo correr, pero sin ruido de caballos.

Pasan; son muy pequeños; en cada uno va un marinero inglés vestido de blanco y tirando un chino, desnudo, jadeante de cansancio.

Sin duda celebran una justa aquellos marineros; están celebrando una apuesta sobre cuál de ellos llega antes; muy correctos y muy graves, excitan á sus carreristas de alquiler con gritos, palabras y palmadas.

Cuando pasan y desaparecen, todo cae de nuevo en la tranquilidad misteriosa de la media noche. Se ve turbio, como al través de una niebla verde, bajo aquellas bóvedas de árboles que tamizan la luz dulce; pero de cuando en cuando aparecen claros rayos de luna que descienden de lo alto, por agujeros que iluminan recortes de helechos ó grandes palmas admirables, inmóviles como en el jardín de una comedia de magia.

¡Oh! ¡aquel silencio, aquel esplendor, aquella música ligera de cigarras, aquellos olores de tierra, de aromas y de flores!

Y siempre el olor irritante del almizcle dominándolo todo, hasta en pleno bosque. Todo está almizclado en aquel país malayo; incluso unos animales nocturnos parecidos á ratones que á cada minuto atraviesan el camino muy de prisa, haciendo «¡cuic, cuic!» con vocecillas alegres de pájaros, y dejan en el aire pesado el rastro almizclado de su olor.....

---

## MAHÉ DE LAS INDIAS.

---

### I.

Viernes 1.º de Enero de 1884.

Un pequeño país tranquilo bajo una bóveda de palmeras.

La bóveda no se acaba nunca; está tendida como un toldo sin fin sobre las personas y las cosas. Las palmas gigantes dejan apenas algunos agujeros por donde ver el cielo y por donde bajen los rayos; se enredan, se aplastan, unas desplegándose como admirables plumas de amazona, otras arregladas en ramilletes floridos como penachos, ó bien inclinadas desmayándose. Y esta bóveda que llega hasta muy arriba se encuentra, sin embargo, soportada ligeramente por largos tallos finos que tienen flexibilidades de cañas; debajo se circula en

una sombra que es eterna, en una transparencia verde oscura.

Por la tarde, hacia las cinco, desembarco allí sobre la arena, en la embocadura de un arroyuelo que forma como un corte, como una bahía sinuosa en la espesura de aquellos árboles. Vengo de lejos, de la extrema Asia, habiendo olvidado casi aquel encanto, aquel esplendor de la India; de suerte que es agradabilísimo volver á encontrar todo aquello, que es único é incomparable. El sol, ya bajo, ilumina de color todo aquel río por donde yo llego; las palmas que toca son doradas, asombrosamente doradas, y el aire está como lleno de oro en polvo. Sobre las orillas de los dos ríos; al pie de aquellas palmeras que constituyen inmensas cortinas verdes, hay grupos de indios que miran acercarse á mi barco; están colocados de un modo soberbio como dioses, vestidos con lienzo blancos, rojos ó anaranjados: ellos, sus árboles y su país parece todo él bañado por una luz de apoteosis.

Una casa con galería, muy blanca con postigos verdes, está situada allí, á la orilla del agua, sobre

una peña que forma promontorio; casa bastante bella, muy antigua, que data de la *Compañía de las Indias*: es el *Gobierno* de aquella colonia sombría.

Algunos pasos por la arena, y entro en un jardín bajo, dependiente de aquella residencia, encima del cual, como por todas partes, la bóveda de hojas se tiende. Bajo aquella sombra deliciosa, parece el jardinillo de una hada: flores desconocidas; follajes tan brillantes como flores, morados, rojos, manchados de blanco y de amarillo, como si se hubieran pintado á capricho. Las alamedas derechas, siguiendo la moda antigua; los asientos de piedra, verdecidos por el musgo, tienen cierto aspecto de vejez y de abandono, como esas casas de campo en que, habiendo muerto los amos, nadie va ya.

Franqueado el jardín, cerrada la puerta, me encuentro delante de mí con una cosa que parece una calle que se abre paso trabajosamente entre las palmeras: se creería estar en una de nuestras aldeas del Mediodía de Francia, muy vieja y desierta, que se hubiese trasplantado allí y que

hubiese quedado aplastada por la poderosa savia tropical. Las soberbias palmeras todo lo sumen en la sombra; pero están todavía doradas de un modo inverosímil en su cima por el sol poniente; y ¡cuán bajas parecen las casas, cerca de sus largos y esbeltos tallos!..... Hay una pequeña alcaldía con la bandera tricolor; cipayos bronceados, con blusa encarnada, de centinela en la puerta; hay un pequeño hotel extraño para no sé qué viajeros; una casa-escuela, y tiendecitas donde los indios venden bananos y especias. Después de esto ya no hay nada; todo se sumerge en calles de árboles y se pierde en profundidades verdes. La tierra está encarnada como sanguinaria, haciendo parecer más brillante y sobrenatural el color de los follajes. En lo alto, los rompimientos que dejan ver el cielo, y que se advierten aquí y allí en los intervalos de las palmas, están brillantes de luz y parecen de una profundidad extrema. Y entre aquellos árboles flexibles que mecen por encima de los caminos sus grandes ramilletes de plumas, pasan y vuelven á pasar nubes de aves, lanzando gritos roncós. Una vida exuberante y

magnífica existe en la Naturaleza, en los animales y en las plantas; pero el pueblecillo allí cobijado parece muerto.

Todas las personas que se encuentran en aquellos caminos de sombra son bellas, tranquilas, nobles, con grandes ojos de terciopelo, de esos ojos de la India con un misterioso encanto negro. Medio desnudo el torso, van vestidos como en la antigüedad, con muselinas blancas ó encarnadas. Las mujeres con ademanes de diosas, mostrando admirables gargantas morenas que parecen copias en bronce, casi exageradas, de los mármoles griegos. Los hombres con el pecho dilatado y la cintura delgada como ellas; solamente que con los hombros un poco más anchos, la barba de un negro azul, rizada á la antigua. Dicen «buenos días» en francés, como los aldeanos de nuestro país, pareciendo como orgullosos de continuar siendo nuestros; se ve que tienen deseo de detenerse y de hablar: los que saben nuestra lengua sonríen y entablan conversación sobre la guerra, sobre los asuntos de China, diciendo: «*nuestros marinos, nuestros soldados.....*» cosa inesperada y extraña. Sí,

aquí estamos verdaderamente en Francia. Entonces me acuerdo de aquel indio que, acusado una vez ante el tribunal de Saigón de no sé que tratada, contestó al juez, que le trataba de salvaje: «Nosotros éramos franceses doscientos años antes que vosotros.....»

Se encuentran también especies de carros cubiertos, cada uno tirado por una pareja de bueyes blancos, con joroba de camello, con su largo y extraño rostro sin expresión. Son los únicos animales de tiro de aquella región: transportan á Fellichery ó á Cannanore, las ciudades de la India inglesa más próximas.

Hay multitud de caminos anchos que se cruzan bajo la bóveda de palmas, como si fuesen las calles de una ciudad. Casi todas están profundizadas en el suelo, y por tanto, más húmedas y sombrías; los dos taludes que las limitan, tapizados de exquisitos helechos, de delicados musgos.

En el oquedal espeso se encuentran vestigios de las murallas que rodeaban la ciudad de Mahé, en el tiempo en que era grande: las ruinas de sus puertas, estilo Luis XIV; las ruinas de sus puen-

tes levadizos. En efecto, todo es antiguo en aquella colonia, hoy casi desierta; tiene un pasado como nuestras ciudades de Occidente, y estos recuerdos del gran siglo, que duermen bajo magníficos sudarios de follaje, le prestan una melancolía especial.

Los transeuntes son de diferentes castas y de diferentes colores: los unos morenos nada más, con lo blanco de sus grandes ojos teñido de azulado; los otros casi negros, con aspecto salvaje, pero bellos también, con la incomparable belleza india. Y hasta hay algunos (los notables del país, sin duda) que visten traje europeo y que acortan su paso cuando nos cruzamos, como los niños cuando quieren que se les mire. El traje les cae bastante mal, y es lástima; las mujeres, por ejemplo, estarían muy ridículas, si no fuera por las miradas que lanzan, que detienen todo deseo de reir, y que se recogen al paso como misteriosas flores de tinieblas.

Esparcidas al azar bajo el bosque, se hallan las casetas indígenas, rodeadas de bananos, de lantanas floridas, de hibiscus rojos, de toda una vegeta-

ción que hace jardín encantado, á la sombra de la eterna bóveda de las palmas verdes. Casitas cuyas paredes son blancas, las ventanas sin vidrios, defendidas por rejas; dentro no se ve apenas, á causa de la espesura del follaje, pero todo está desnudo y casi vacío. Hay siempre sobre una mesa un tintero de nácar y papeles; allí se escriben, como cosas corrientes y sin importancia, aquellas viejas máximas de la India que se remontan al principio del mundo, y que nuestros sabios estudian para buscar los orígenes de nuestras lenguas de Occidente.

El día se va..... la luz baja á toda prisa..... Hay todavía un poco de oro que se arrastra acá y allá en la cima de las palmeras, y luego estos últimos reflejos se extinguen, la «noche verde» se hace sombría en todas partes, y una especie de tristeza se derrama por aquellas avenidas de árboles, cada vez más solitarias. Cerca de mí pasa una mujer de mejillas ligeramente bronceadas, vestida con un traje blanco europeo. Con su traje fuera ya de moda, su talle esbelto y sus cabellos de rizos negros, produce la impresión de una de

esas jóvenes criollas de las novelas de otro tiempo, alguna «Virginia» ó alguna «Cora», y yo la sigo con la vista con un interés melancólico. Sin duda no era más que una india muy pobre, porque penetra en la espesura, se desliza, como entrando en su casa, en una cabaña oculta entre las ramas, y desaparece allí, en el silencio y la obscuridad de aquel asilo aislado.....

En seguida se cruza conmigo un hombre, con la ligereza silenciosa de un flavo, en aquel camino cada vez menos iluminado. Éste es de otra casta, de otra raza más primitiva; casi desnudo, con cuchillos en su faja, la piel muy oscura, el pecho cubierto de un vello tan áspero como la piel de un oso. Se para ante una palmera inmensa, más derecha que el mástil de un navío, y se pone á subir con pies y manos, muy de prisa, como si tuviera algún negocio urgente que despachar allá arriba antes de la noche. ¡Éste sí que se parece al mono!..... Le pierdo de vista en la bóveda de las palmas, que está ya negra del todo.....

En el último crepúsculo, cuando vuelvo al río para embarcarme en mi bote, unos niños de cabe-

llos largos, con el talle atado en paños muy apretados, me rodean para venderme abanicos de ve-tiver, naranjas, ramos que yo no veo bien, pero que huelen á tuberosa y á alguna otra cosa exquisita que se sube á la cabeza.

Merced á unos cuantos golpes de remo franqueamos la barra de aquel río en miniatura. Entonces el mar se extiende ante nosotros como una soledad de nácar verde, de un nácar de reflejos cambiantes y que sería luminosa por sí.

Los ramilletes que aquellos niños me vendieron huelen más en la obscuridad, á medida que la tierra se aleja con las demás exhalaciones que en ella reinan; y tenemos que dejar detrás de nosotros sobre el agua, en un suave rastro, aquel olor de tuberosa.

El horizonte, rojo en la base, luego morado, luego verde, luego color de acero, color de pavo real, está matizado como un arco iris. Las estrellas brillan de tal modo, que aquel día parecen más cercanas de la tierra, y desde el punto por donde el sol se ha puesto parten todavía grandes haces de rayos, muy claros, muy acusados, que

atraviesan toda la bóveda inmensa, como zodiacos de color de rosa trazados en una esfera azul sombrío. A pesar de ser de noche, aparece por todas partes una especie de iluminación mágica, una fiesta de luz.